

La mujer vestida de algodón barato  
¿Tratamos por igual a todos?  
Pbro. José Martínez Colín

## **1) Para saber**

Se cuenta que un día se presentó tímidamente, sin haber hecho cita, un matrimonio en la oficina de la secretaria del Presidente de la Universidad de Harvard. La mujer iba en un desteñado vestido de algodón barato y su esposo, vestido con un raído traje. Habían hecho un viaje largo en tren que los llevó a Boston y de la estación habían caminado hasta la universidad. La secretaria adivinó en un momento que habrían venido de los bosques, que serían campesinos sin tener nada que hacer en Harvard y ni merecían estar en Cambridge.

“Desearíamos ver al presidente” dijo suavemente el hombre. “El estará ocupado todo el día” les dijo secamente la secretaria. “Esperaremos” replicó la mujer.

Por horas la secretaria los ignoró, esperando que la pareja se desanimara y se fuera. Ellos no lo hicieron. La secretaria vio aumentar su frustración y finalmente decidió interrumpir al presidente: “Tal vez si usted conversa con ellos por unos minutos, se irán” le dijo. El hizo una mueca de desagrado y asintió. Alguien de su importancia obviamente no tenía el tiempo para ellos, y él detestaba los vestidos de algodón barato y los trajes raídos en la oficina. El presidente, con el ceño hosco y con dignidad, se dirigió con paso arrogante hacia la pareja.

La mujer le explicó su visita: “Tuvimos un hijo que asistió a Harvard por solo un año. El amaba a Harvard. Era feliz aquí. Pero hace un año, murió en un accidente. Mi esposo y yo deseamos levantar un memorial para él, en alguna parte del campus”. El presidente no se interesó: “Señora”, dijo ásperamente, “no podemos poner una estatua para cada persona que asista a Harvard y fallezca. Si lo hiciéramos, este lugar parecería un cementerio.”

“Oh no”, explicó la mujer rápidamente. “No deseamos erigir una estatua. Pensamos que nos gustaría donar un edificio a Harvard”.

El presidente entornó sus ojos. Echó una mirada al vestido de algodón barato y al traje raído, y entonces exclamó: “¡Un edificio! ¿Tienen alguna remota idea de cuanto cuesta un edificio? Hemos gastado más de siete millones y medio de dólares en los edificios aquí en Harvard!”.

Por un momento la mujer quedó en silencio. El presidente estaba feliz. Tal vez se podría deshacer de ellos ahora. La mujer se volvió a su esposo y dijo suavemente: "¿Eso es todo lo que cuesta iniciar una universidad? ¿Por qué no iniciamos la nuestra?" Su esposo asintió. El rostro del presidente se oscureció en confusión y desconcierto.

El Sr. Leland Stanford y su esposa se pararon y se fueron, viajando a Palo Alto, California, donde establecieron la universidad que ahora lleva su nombre, la Universidad Stanford, en memoria de un hijo del que Harvard no se interesó.

La universidad "Leland Stanford Junior" fue inaugurada en 1891, en Palo Alto. Es "Junior" porque era en honor al fallecido hijo del rico terrateniente.

Ése fue su memorial. Hoy en día la Universidad de Stanford es la número uno del mundo, por arriba de Harvard.

Es fácil caer en prejuicios y dejarnos guiar sólo por impresiones superficiales, olvidándonos de la dignidad que tiene cualquier persona, independientemente del bien que pueda hacernos. La calidad de una persona se manifiesta con claridad en el modo en que tratan a quienes piensan que no pueden hacer nada para ellos.

(e-mail: [padrejosearticulos@gmail.com](mailto:padrejosearticulos@gmail.com))